EL ARTÍCULO DEL DÍA

Jordi Solé Tura
Dirigente del PSC y senador por Entesa Catalana de Progrés.

El federalismo no es una ideología

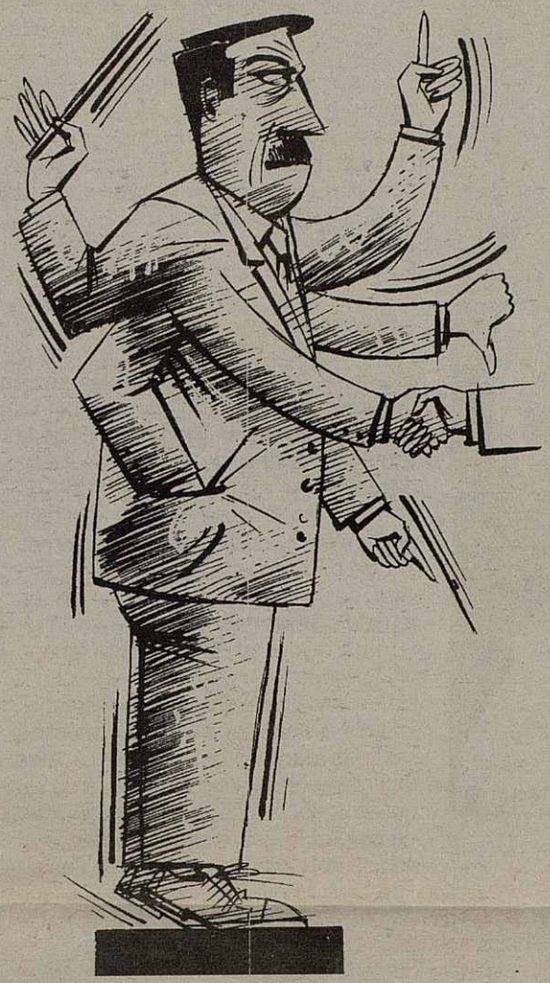
España está a medio camino entre el centralismo y la descentralización autonómica. ¿Debe ser gobernada con la impronta centralista o primando una comunidad? Ésa es la cuestión, no lo liemos

El pasado miércoles, al constituirse las dos cámaras de las Cortes Generales para la nueva legislatura se produjo un leve incidente parlamentario en el Senado cuando la Entesa Catalana de Progrés, formada por 11 senadores (nueve del PSC o afines y dos de ERC), votó en blanco en el trámite de elección de la presidenta, **Esperanza Aguirre.** El motivo era bien simple: la costumbre es que en la composición de la Mesa de la Cámara estén presentes los principales grupos parlamentarios por orden de importancia numérica pero la Entesa Catalana, que es el tercer grupo del Senado por el número de senadores y de votos, y como tal tenía que ocupar un puesto en la Mesa, fue marginada por el PP, que atribuyó dicho puesto a CiU.

El voto en blanco era, pues, una protesta por la marginación y, a la vez, una señal de que la Entesa como grupo se va a tomar las cosas en serio. Dado que el Grupo Socialista en el Senado votó a favor de la investidura de la presidenta, inmediatamente saltaron las suspicacias y las falsas alarmas en algunos medios de comunicación y, posiblemente, entre algunos miembros de la Cámara: ¿es esto un signo de ruptura entre los socialistas de Catalunya y el PSOE? ¿Es ésta una demostración de que los socialistas carecen de una idea clara sobre el modelo de Estado y sobre el concepto de España, como dicen algunos comentaristas e incluso algunos militantes?

Éste ha sido un tema importante en la campaña electoral y lo sigue siendo después de las elecciones. En algunos medios de comunicación, y hasta en el seno del propio PSOE, han surgido voces –ciertamente minoritarias– que han atribuido a los socialistas catalanes la culpa de la pretendida confusión sobre el modelo de Estado con tanto pregonar sobre el federalismo. Y viceversa: estos mismos críticos atribuyen una buena parte del éxito del PP a su constante referencia a la unidad de España y a su implacable acoso a los nacionalismos, especialmente al vasco.

Es cierto que la campaña electoral se acabó convirtiendo en una gran querella entre tres nacionalismos: el del PP, que modernizó el lenguaje del viejo nacionalismo españolista, pero resucitó todas sus raíces sobre España y su destino; el de un extremismo vasco que volvió al terrorismo para que quedase bien claro quién mandaba en el seno del nacionalismo *euskera,* y un tercero, el de un nacionalismo catalán encarnado por CiU, que todavía creía que podía exigir al PP 400.000 millones de pesetas anuales como pago de sus servicios, pero que ya había entrado en una carrera sin rumbo hacia la confusión y la parálisis.



Al PP le salió bien la apuesta y enseguida saltaron las voces que atribuían el descenso de los socialistas a su confusión sobre el modelo de Estado, sobre el ser o no ser de España y sobre las difusas propuestas federalistas. En esta crítica hay, sin duda, una parte de verdad; pero sólo una parte, porque la derrota se debió, sobre todo, a su incapacidad para generar un liderazgo sólido tras la dimisión de **Felipe González** y para renovar sus equipos dirigentes.

Y si los socialistas no supimos comunicar bien nuestras propuestas sobre el modelo de Estado fue porque ni queríamos regresar al viejo modelo centralista ni queríamos entrar en la contienda entre dos nacionalismos extremos, que es tanto como decir que nos quedábamos sin interlocutores para construir de verdad el modelo que España requiere, con la excepción tardía de una Izquierda Unida rota y atascada. De ahí la confusión. De ahí que muchos todavía entiendan el federalismo como una ideología cuando en realidad es una forma de gobernar un país complejo. Y el nuestro lo es.

El problema real es que el Estado español es hoy una estructura a mitad de camino entre el viejo centralismo y la descentralización creada por la existencia de 17 comunidades autónomas, cada una con su propio parlamento y su propio gobierno, y también por el peso creciente de unas ciudades cada vez más dinámicas, que exigen un puesto en la gobernabilidad general del país.

Y la pregunta es si ese mismo Estado se puede gobernar como antes, es decir, como un Estado centralista, que es a lo que tiende el PP, o si se requiere otra forma de gobernar en la que las comunidades autónomas tengan un peso específico no sólo en sus propios territorios sino en la gobernación general del país. Esto último es la forma de gobierno de los Estados llamados federales. El nuestro no se denomina así formalmente, pero tiene todos los atributos y, sin embargo, no funciona como tal.

¿Se puede gobernar un Estado como éste pactando desde Madrid un día con CiU, otro día con Coalición Canaria, otro con el PNV, en medio de peleas y descalificaciones entre todos ellos? ¿Se puede gobernar un Estado con 17 autonomías recibiendo a los presidentes autonómicos amigos del señor **Aznar** y rechazando a los que no lo son?

Los Estados que se llaman federales gobiernan mediante acuerdos continuos entre el poder central y los poderes autonómicos. Y estos últimos tienen una Cámara legislativa en la que se encuentran, toman decisiones conjuntas y participan en la gobernabilidad general del país. Éste es el papel que en España debería tener y no tiene el actual Senado. Por esto, hablar aquí de federalismo no es hacer especulación ideológica, sino ver cómo podemos organizar las cosas para que el Estado funcione como debería y no a trancas y barrancas, como ahora.

Todo esto es bien sabido, pero cuando las cosas se complican y los resultados electorales cambian perspectivas es fácil convertir la propuesta técnica y política en barullo ideológico. Precisamente por esto hay que llamar a las cosas por su nombre y no meterse en falsas querellas internas o externas.